

Balaguer. El libro contiene solamente la edición de los mismos con valiosas presentaciones. Estas introducciones precisamente otorgan útiles herramientas para posteriores análisis. Agradecemos el esfuerzo de los editores, por entregar –de este modo– al público estos escritos menos conocidos del fundador del Opus Dei.

María Eugenia Ossandón W.

Mariano FAZIO, *El último romántico. San Josemaría en el siglo XXI*, Madrid, Rialp, 2018, 227 pp. Prólogo de Fernando Ocariz y apéndice de Joaquín Navarro-Valls.

Sugerente, estimulante, fresco, positivo, a veces divertido, y siempre interesante, es este último libro que nos ofrece Mariano Fazio en el nonagésimo aniversario de la fundación del Opus Dei. Sacerdote, historiador y filósofo argentino, afincado en Roma, antiguo rector de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz y actual vicario general del Opus Dei, Fazio, un comunicador de ralea, nos presenta la figura de san Josemaría como un gran defensor de la libertad humana, como *el último romántico*, usando la conocida expresión de Escrivá. La razón que daba el fundador del Opus Dei es tan sencilla como insondable: sin libertad no se puede amar a Dios. La libertad humana, bien ejercida, al cooperar decididamente con la acción del Espíritu Santo, nos *ata* a Dios, nos abraza al Amor con mayúsculas. La libertad es la puerta que nos abre paso a la comunión con Dios y, a través de Él, a todos los hombres.

Las reflexiones de Fazio van precedidas por un breve, pero bello, prólogo de Fernando Ocariz, prelado del Opus Dei, y se cierran con un broche de oro: una conferencia de Joaquín Navarro Valls, sobre el *realismo humano de la santidad*, que condensa maravillosamente lo que el histórico *portavoce* de Juan Pablo II califica como la *revolución* de san Josemaría: trasladar el ideal de santidad de los claustros, conventos y monasterios a las calles, plazas y aeropuertos, devolviendo así la amplitud original que dieron los primeros cristianos a la perfección cristiana.

Salpicado de anécdotas y con algunos toques autobiográficos que le aproximan al lector, el libro de Fazio presenta, siempre siguiendo el hilo conductor de la libertad, una síntesis de las luces recibidas por san Josemaría hace casi un siglo, pero que mantienen plena actualidad: la alegría de ser hijos de Dios, la llamada universal a la santidad, el sentido corredentor del trabajo bien hecho, el carácter liberador de una sana secularidad, la relevancia personal y social de la vida familiar, el valor positivo de la pluralidad, o el amor a los pobres.

No me voy a detener en cada una de las partes del libro. No hay espacio para ello. Además, pretendo estimular su lectura, no obviarla con un cuidado resumen. Tampoco voy a realizar un análisis de los aspectos del libro que pudiera considerar más o menos logrados. Prefiero centrar mi atención en una cuestión que considero central en el libro, y que quizás puede sorprender inicialmente al lector. Si el tema capital

del libro es la libertad, ¿por qué el autor no habla propiamente de ella hasta la cuarta parte: *la libertad, don de Dios* (p. 105)? Creo que aquí se encuentra la clave del libro, así como el gran acierto del autor, a saber: construir su reflexión de arriba abajo y no de abajo arriba. Me explicaré. El libro está basado, por este orden, en la siguiente tríada: misión-contemplación-libertad. La misión recibida por san Josemaría ocupa la primera parte (pp. 1-37); el contenido de la misión, la contemplación en medio del mundo, la segunda y tercera parte (pp. 39-113), y el modo de cumplir la misión, la libertad propiamente dicha, la cuarta y quinta parte (pp. 115-206).

La misión, siempre divina, es descubierta desde la contemplación. Por eso, la misión, más que limitar la libertad humana, como podría parecer a primera vista, la potencia y encumbra. El punto de partida ha de ser, por tanto, la misión que Dios da a cada hombre, en este caso a san Josemaría, y no la libertad de cada hombre como ser autónomo. Solo desde la misión, manifestación del amor de Dios, la libertad cobra su pleno sentido: la capacidad humana de decidir en conformidad con la misión divina. La paz y la felicidad humanas son consecuencia de esa unión libre y voluntaria al cumplimiento de la misión divina. Por eso, la libertad es, en cierta manera, instrumental. Sin ella, no es posible el amor, pero lo definitivo, el fin, es el amor, la unión con Dios, no su condición necesaria, la libertad.

Al inicio de toda misión hay un acto libérrimo, de pleno abandono en Dios, que solo un alma contemplativa, con la gracia divina, es capaz de ejercer en sentido pleno. Lo vemos, en su máxima expresión, en el “si es posible pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya”, con el que Jesús, moribundo, suplica al Padre eterno; pero también en el virginal “hágase en mí según tu palabra” de la doncella de Nazareth; en la respuesta fiel de san José, san Juan Bautista, san Pedro, san Pablo y una larga y multiseccular cadena de mujeres y hombres y santos que incluye, en nuestros días, entre otros, a Edith Stein, a Maximiliano Kolbe, a la Madre Teresa, a Josefina Bakita, al Padre Pío, a Juan XXIII, a Pablo VI, a Juan Pablo II, a Oscar Romero, y, cómo no, a Josemaría Escrivá.

La misión une a cada hombre con el plan redentor de Dios. Le hace corredentor. Es el ser humano quien vislumbra, descubre, reconoce, discierne su propia misión, siempre divina, pero no es el ser humano quien la determina, fija o establece. Esto último es cosa de Dios. De ahí que solo la contemplación, ese arte de hacerse uno con el Amado, sea el modo ordinario de descubrir la misión, así como de familiarizarse con ella. La razón humana es capaz de organizar una buena agenda, un buen proyecto, pero, sin la gracia, no es capaz de comprender plenamente la misión para la que ha sido creada y amada por Dios eternamente cada criatura. La contemplación, suprarrazional pero no irracional, es, pues, el punto de encuentro entre lo humano y lo divino. Por eso, y aquí entra san Josemaría de lleno, todo hombre está llamado a la contemplación, es decir, a esa unión íntima con Dios que es la santidad. Esa unión contemplativa, siempre libre por ser unitiva, intuitiva y amorosa, potencia la libertad personal y le da alas, porque la aleja de todo miedo y deseo de control que brota del instinto humano y la estimula al cumplimiento de la misión.

Así, pues, la misión es el plan que Dios tiene para cada hombre; la contemplación, la unión íntima con Dios que posibilita el conocimiento de la misión, y la libertad, la capacidad de decidir voluntariamente nuestra personal vinculación a la misión para la que Dios nos ha creado. La libertad, desligada de la contemplación, se empobrece, se reduce, se racionaliza; la libertad, sin la brújula de la misión, se encapricha y acaba esclavizando al hombre.

La contemplación y la libertad son las dos alas que permiten al ser humano volar alto, cumplir su misión divina, *dar a la caza alcance*. El ruido de la calle, el alboroto de las plazas, el estrépito de los aeropuertos, la algarabía de las redes sociales, no son capaces de separar al ser contemplativo de ese silencio que se respira en el centro del alma al coronar la cima de unión con Dios. Y por eso, como bien explicó san Josemaría, y Fazio glosa en su parte quinta (p. 147 ss.), el encuentro con Dios se puede producir en todas las encrucijadas de la tierra, pues el alma contemplativa, totalmente libre de ataduras mundanas, es capaz de ver a Dios en lo más ordinario de cualquier circunstancia (no es casualidad que una de las experiencias más unitivas de san Josemaría se produjera en un tranvía). Dios se presenta como trascendente e inmanente al mismo tiempo y poco importa entonces lo que hagamos materialmente pues nada ni nadie puede separarnos de Él: “*ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios*” (1Cor 10,31), gustaba repetir a san Josemaría con su admirado san Pablo. Viviendo así, el mundo entero es Emaús (p. 208), concluye Fazio con conocida expresión del fundador de la Obra.

En resumen, Mariano Fazio ha acertado plenamente tanto en el tema del libro como en su desarrollo y conclusiones. Sus reflexiones sobre la tríada misión-contemplación-libertad en la vida de san Josemaría, con ocasión del nonagésimo aniversario de la fundación de la Obra, son completamente actuales. La misión divina de cada hombre se percibe plenamente desde la contemplación y solo puede implementarse con plena libertad, eso sí, en las más variadas encrucijadas. El mundo de hoy está sediento de almas contemplativas tan libérrimas como locamente enamoradas de su misión divina. Son los hombres y mujeres contemplativos, verdaderos seres libres, quienes, fieles a su misión, transforman el mundo, lo purifican, lo liberan, lo solidarizan, lo diversifican, lo pluralizan, lo secularizan, lo engrandecen, lo espiritualizan, lo redimen, lo divinizan, abriendo nuevos caminos divinos en la tierra.

Rafael Domingo

José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *Escondidos. El Opus Dei en la zona republicana durante la Guerra Civil española (1936-1939)*, Madrid-Roma, Rialp – Istituto Storico San Josemaría Escrivá, 2018, 468 pp.

*Escondidos* desvela con detalle quiénes, dónde y qué hicieron las no muchas personas (principalmente hombres) que entre julio de 1936 y marzo de 1939 componían el Opus Dei y pasaron la guerra en el territorio de la España republicana. González